

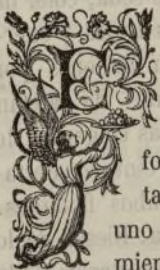
EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D.^a Carolina Sorel.—*Doña Juana la Loca*, por D.^a Angela Grassi.—*La Flor, la Aurora y la Fuente* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, número 819.—*Grabado de Labores*.

REVISTA DE MADRID.



N este siglo del vapor y de la electricidad, en que la locomotora va proclamando en su negro penacho: *Ya no hay distancias*, y el telégrafo no conoce barreras para transmitir instantáneamente nuestros pensamientos de uno á otro polo, las ideas, los acontecimientos y las Modas se suceden con tal rapidez, que arrebatan en su torbellino todo lo que en las antiguas creencias se tenía por imperecedero.

Hasta los refranes, á los que se apellidaba la sabiduría de las naciones, han perdido en nuestros días su fuerza proverbial.

Para ponderar la dificultad de una cosa se solía decir, que era tan imposible como *poner puertas al campo*, y ayer hemos leído en un periódico que los *Campos* se han cerrado.

La clausura de los Campos Eliseos sería ciertamente una calamidad para la buena sociedad de Madrid, que ha pasado en ellos en veranos anteriores noches tan deliciosas que pudieran llamarse noches venecianas por lo fantástico de sus goces; pero segun nuestras noticias aunque el teatro de Rossini cerrase sus puertas, la nueva empresa está organizando los deseados conciertos bajo la acertada direccion del señor Barbieri.

El aplazamiento de tan agradables veladas ha fijado por ahora la concurrencia en el magnífico *Salon* en que preside Apolo acompañado de las Estaciones, y por las tardes se reúne delante del Botánico lo mas distinguido, bello y elegante que Madrid encierra en su seno.

Aunque lo apacible del ambiente y la Exposición de los objetos traídos del Pacífico convidaba á entrar en el Jardín, la buena sociedad no ha atravesado sus puertas, y se comprende muy bien.

Que vale el aroma y los colores de las flores de Junio al lado de las suaves rosas que se ostentan en rostros de diez y ocho abriles: los pensamientos que ondean entre el follaje son pálidos comparados con los que se adivinan en aquellas tersas frentes, y ¿quién dejaría la belleza personificada y encantadora que se pasea por contemplar las momias inmóviles de las pieles coloradas?

Ademas los que vivimos en las grandes poblaciones gozamos tambien en una reunion apiñada al aire libre, donde reinan las maneras distinguidas, el buen gusto y la riqueza; y en pocas partes puede contemplarse la Moda tan en su apogeo, como en las fugitivas horas de este paseo. Allí no ha llegado todavía el viento reinante de las economías, ni se nota que la concurrencia se aperciba de la necesidad imperiosa que hay de adoptarlas.

Algun filósofo se retirará á un lado protestando contra el lujo de las mujeres. Esto es predicar en desierto: el mundo siempre ha sido mundo, y nuestro siglo no es peor ni mejor que los que le han precedido. Lo que hay es que en aquellos el lujo era aristocrático, y vivía entre las clases elevadas de la sociedad, hoy se ha democratizado y se estiende á todas indistintamente.

En prueba de ello se nos ha contado que dos beldades campesinas entraron en deseos de lucir sendas cocas como algunas de sus paisanas, que sir-



viendo en la corte hacian su escapatoria á bailar en la fiesta del lugar. Estas, si su pelo no se lo permitía, se habian provisto de postizos que aquellas admiraban, pero como en la aldea no habia peluqueros que los vendiesen, ni sus bolsillos permitian este despilfarro, acudieron á una estratajema. Introdujéronse en la cuadra del médico y despojaron al rocinante de sus pobladas crines. El doctor descubrió luego el cuerpo del delito en la cabeza de las raptoras; pero conociendo su insolvencia si las demandaba, prefirió cobrárselo en visitas, si el sarampiou ó las viruelas las hacian caer por su banda.

Contaba yo esta anécdota á un caballero provinciano, amigo mio, que aunque hombre fino, la creyó una alusion, y quiso tomar la revancha.

—Eso se parece, me dijo, á un suceso que yo presencié el año pasado en el Jardin de las Tullerías. Paseábame una tarde, admirando la magnífica cabellera de un señorita que me precedía, y de repente observé que se echó la mano á la cabeza y dió un grito: su hermosa moña, como era postiza habia desaparecido: ignoraba si se la habian quitado ó si se le habia caído. Como era una preciosa obra del arte y le habia costado sesenta francos, corrió con su mamá á dar parte á la oficina de Policía, donde suelen depositarse los objetos perdidos cuando caen en buenas manos. Ya se salian desesperanzadas cuando entró un jóven á entregar la magnífica trenza que acababa de encontrar. El pollo levantó los ojos cuando le indicaron la persona que la reclamaba, y se encontró frente á frente con su novia.

Me aseguraron despues que por esta circunstancia el proyectado enlace naufragó. Aquel amor pendia sin duda de un cabello: faltó éste, la mujer queda-

ba, pero el novio al ver la trenza postiza desapareció.

Volviendo á Madrid, y aunque no es de nuestra incumbencia ocuparnos de Modas, lo que de derecho corresponde á pluma mas competente, no podemos resistir al deseo de recomendar á nuestras lectoras un vestido de seda verde, de forma Princesa, que nos ha llamado la atencion en el paseo. El cuerpo es alto y cerrado: el talle redondo y sujeto con cinturon de broche. Una trencilla de seda mas oscura que el vestido figura cuello en el escote, cuyos contornos sigue un guipur blanco. La manga es lisa, y lleva igual adorno en la vuelta y hombrera. El bajo de la falda va guarnecido de dos órdenes de trencillas, que forman óvalos, en cuya union se coloca un camafeo con dos borlas. Una hilera de camafeos figurando botones adorna el vestido de alto á bajo. Completa este traje un sombrero de paja de arroz, con punta de tul por delante, orillado todo de un plegado de tafetan punzó, con una rosa y ramaje verde.

Al lado de este traje (*figurin 819*) figura otro para señorita, compuesto de falda de seda, color de tórtola, adornada en el bajo de bieses azules, y cuerpo blanco, de muselina, fruncido en bullones por delante y por detrás entre los tirantes de tafetan azul, que llevan en los hombros lazadas colgantes de trenza de seda azul con bellotitas. El cinturon de tafetan del mismo color lleva anchos cabos flotantes, que bajan hasta el adorno de la falda. Bieses de lo mismo adornan el escote y la costura exterior de la manga. Completará este traje para paseo un sombrero redondo de paja adornado de una corona de margaritas blancas y azules, y cintas de este color.

CAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

D.^a JUANA LA LOCA.

Hay una sensibilidad ficticia que nace de la imaginacion, y suele ser manantial de desventuras; hay una sensibilidad verdadera, nacida del alma, que solo produce bienes.

Parecen hermanas gemelas, y entre las dos media un abismo. La primera es como una tea resinosa, cuya llama produce un humo que todo lo ennegrece; la segunda es como una lámpara de cristal, cuyo suave resplandor ilumina todos los objetos. Preciso es mitigar los sombríos reflejos de la una en el alma tierna de las niñas; preciso es avivar en cuanto sea posible la llama bienhechora de la otra.

Sin la imaginacion, que todo lo dora, que todo lo embellece, que todo lo reviste de aéreas y vaporosas formas, la vida seria muy triste; pero cuando se la da un pábulo excesivo, cuando reemplaza con sus frívolas sensaciones los sentimientos purísimos del alma, cuando oscurece la razon con sus vanas quimeras; entonces si ya no nos es dado reprimir sus caprichosos vuelos, nos conducirá á una pérdida segura.

Tal fué el origen de las desdichas que amargaron la existencia de D.^a Juana, reina de Castilla.

Era de complexion endeble, y su madre, la católica Isabel, que á sus relevantes cualidades añadía la de madre tierna y solícita, la rodeó de tales cuidados, de tales atenciones, que suscitó otro mal en lugar del que temía.

Los infantiles caprichos de Juana no hallaron ya un prudente dique: ociosas siempre sus manos, ocioso siempre su entendimiento porque su madre recelaba, que el trabajo y el estudio pudiesen perjudicar á su salud, se entretenía sin cesar en esos vanos sueños de la adolescencia, en esas exajeraciones perniciosas del sentimentalismo, que convertidos luego en hábito, suelen turbar la paz de la existencia.

Era todavía una niña cuando la anunciaron su enlace con el Archiduque Felipe de Austria, á quien la fama ya apellidaba el *hermoso*, y al instante forjó tales quimeras, soñó tales delicias, imposibles de realizarse en este mundo, que apenas podía dominar su impaciencia para surcar los mares y trasportarse á Flandes.

¡Siempre la realidad, triste y sombría, desgarró el manto de la esperanza por modesto que este sea! ¡Cuál debió ser, pues, el desencanto de Juana, cuando pidió amor, y amor delirante á Felipe, y él no pudo dárle mas que estimación y respeto!

Era preciso entonces haber conquistado aquella alma fría é indiferente por medio de los halagos, del cariño y la dulzura; pero Juana, incapaz de dominarse en lo mas mínimo, exigió el amor como una deuda, sin saber que el corazón nunca jamás paga las deudas del deber.

De este modo, desde los primeros dias de su matrimonio, lejos de hallar la infeliz aquella felicidad sin límites que había soñado, solo halló decepciones y amarguras, y dando rienda suelta á su imaginación fogosa, creyóse á sí misma la mas desgraciada de las mujeres, y atormentó á su marido con lágrimas, quejas, recriminaciones y celos inmotivados, sin dejarle jamás un instante de tregua ni reposo.

No podía tolerar que prefiriese los placeres del baile ó de la caza al placer de estar con ella; se lo reprochaba con una dureza que no podía menos de irritar á un príncipe joven y altivo, cercado de aduladores, y acostumbrado á dominar á cuantos le rodeaban, y así bien pronto en vez de la brillante antorcha del amor, alumbró el aposento nupcial la tea de la discordia. Y ¡ay! de dos corazones unidos por un estrecho lazo, si entre ambos se desliza la discordia, invisible casi en un principio, pero que luego crece y crece, hasta convertirse en el monstruo abominable que simboliza el odio!

Un suceso imprevisto, pudo no obstante salvarlos todavía.

Los Reyes Católicos, aquellos grandes y poderosos reyes que habían unido á la corona de Castilla juntamente con la corona de Aragón, las de Nápoles, Sicilia y la Cerdeña, que no solo habían arrojado á los árabes de España, sino que habían llevado hasta la costa de Berbería sus huestes vencedoras, los que habían en fin conquistado un nuevo mundo, lleno de riquezas inauditas, perdieron en un instante al objeto de todas sus esperanzas, al heredero de aquellos vastos dominios, al que debía ser el perpetuador de sus hazañas y su gloria.

Su hijo único D. Juan murió en Salamanca de unas fiebres malignas, antes de cumplir los veinte años; murió para mayor desdicha su hermana Isabel, casada con Alfonso, Rey de Portugal, con cuyo enlace se había esperado reunir

bajo un solo cetro toda la península española, y la corona de Castilla vino á colocarse en las débiles sienes de quien menos se pensaba, de Juana, Archiduquesa de Austria.

Partieron ambos esposos de Flandes, dirigiéndose á España, adonde los llamaban los desolados Reyes, que salieron á esperarlos á Toledo, para que allí fuesen reconocidos y jurados por las Cortes.

Del mismo modo que el imán atrae al hierro, un vicio atrae otros vicios, así como de una virtud brotan mil virtudes.

Las almas que se dejan arrastrar por la falsa sensibilidad de una imaginación desordenada, llegan á hacerse egoistas é indiferentes á todo cuanto no tenga relación con sus propias cuitas.

Así le sucedía á Juana, que no se ocupó de la tristeza profunda, aunque santa y resignada de sus padres, ni del bien de sus vasallos, que eran ya sus hijos, absorta en una sola idea, atenta á un solo objeto.

¡Quizás con mayor abnegación, con mas caridad y benevolencia, hubiera desechado de sí tristes ideas, y hubiera convertido en próspera su suerte!

Y nunca podía serle mas fácil que entonces, porque Felipe, ó bien fuese por disimulo, nacido del respeto que le infundian sus suegros, ó bien porque estaba lejos de sus malos consejeros, ó bien, por último, que acrecentase el valor de la esposa su calidad de Reina, lo cierto era que se mostraba con ella mas atento y cariñoso.

Aquella hubiera sido la ocasión de recobrar sus ventajas perdidas, si Juana hubiese sido mas prudente. ¡Por desgracia no fué así!

Una tarde, en que densas nubes, iluminadas á veces por un relámpago, oscurecían los rayos del sol, próximo á su ocaso, estaba la princesa contemplando desde una ventana del Alcázar las turbias ondas del Tajo, que se deslizaban melancólicamente las unas sobre las otras por el florido cauce, y hondos suspiros escapados de su seno se unían á los cantos postreros de las aves.

De repente resonó á su espalda una voz, que conmovió todas las fibras de su alma.

—Sufres, esposa mía? la dijo esta voz con tierno acento.

Era Felipe.

—Sufro porque no me amas! gritó Juana prorumpiendo en llanto.

Aquellas lágrimas no exasperaron á Felipe como otras veces, y los momentos que siguieron á esta escena fueron para ambos esposos los mas dulces de su vida.

Sin embargo, la imaginación inquieta de Juana de todo se asombraba.

—Nunca le he visto tan amante como hoy, pensó.

Y hábil en torturarse á sí misma, hábil en revestirlo todo de negros velos, añadió con amargura:

—Es qué me engaña!

Una vez apoderada esta idea de su imaginación, no le fué posible desecharla.

Rodeaba constantemente á su esposo de un espionaje ridículo, sin ver que se ponía á merced de codiciosos servidores que esplotarian sus celos, y no es necesario decir si dominada por tan fatal idea, les encargaría que redoblaran su vigilancia.

Quiso entonces su desdicha, que habiendo ido de caza el Archiduque á los montes de Toledo, se desviase de su comitiva persiguiendo á una fiera, y que sorprendido por la tempestad, fuese á pedir asilo á una choza inmediata.

Dióselo una labradora, jóven y bella como un ángel, que encendió fuego para hacer que se secasen sus vestidos, y le ofreció los frutos mas sazonados de su huerto.

Allí, sentado junto al humilde hogar, le hallaron los cortesanos que iban en su busca, y no necesitaron otro fundamento para avivar los celos de la Reina.

Esta no se entretuvo en examinar si Felipe era ó no culpable, si era ó no culpable la sencilla labradora; mandó una compañía de arqueros para que la prendiesen públicamente, mandó que la condujesen á su presencia y la llenó de injurias.

Supo Felipe lo ocurrido, indignóse de semejante atropello, corrió al aposento de su esposa, la echó en cara su injusticia, la amenazó con separarse de ella para siempre, y uniendo la accion á la palabra, se alejó diciéndo que partía para Madrid.

Juana, que creia cierta su desdicha, que creia verla confirmada por el arrebato mismo de su esposo, quiso hablar y no pudo, quiso llorar y sus ojos permanecieron secos. Quedó un instante muda, inmóvil, helada, y por último cayó en los brazos de sus damas, soltando una larga y ruidosa carcajada.

¡Estaba loca! la infeliz estaba loca!

¿Para qué decir mas? Su vida en lo sucesivo fué una no interrumpida cadena de infortunios.

Su razon, que recobraba á intervalos, no servía mas que para mostrarla el hondo precipicio en el cual habia caído!

Su esposo, de indiferente, se habia convertido en enemigo: su tibio afecto se habia convertido en odio.

En vano le siguió á Madrid, que él partió para Flandes, y cuando, á pesar de los ruegos de su madre, quiso seguirle á Flandes, halló al llegar allí, en vez de los brazos de su esposo, los hierros de una prision, porque tal podia llamarse á su solitario aposento, en donde vivió reclusa y desdenada durante muchos años. ¡Sola, triste, delirante, ni aun tenia el consuelo de saber noticias de su patria, pues Felipe no queria que hablase con ningun español, por temor de que revelase su mal trato.

Y mas tarde, cuando la invicta Isabel bajó al sepulcro, cargada de glorias y amarguras, la infeliz fué el miserable juguete de la ambicion de su esposo y de su padre, pues ambos pretendian á la vez gobernar á España, durante la menor edad de su hijo Carlos.

Pero ni aun el triste estado de su pais pudo sacarla del letargo moral en que yacía, y vió con indiferencia como los dos bandos rivales estaban próximos á llegar á las manos, atenta solo á sus propios desvarios.

Retiróse por fin D. Fernando á Aragon, triunfó el Archiduque, quien convocó apresuradamente Córtes en Valladolid, con el objeto de obligarlas á declarar que la Reina estaba falta de juicio y era incapaz de gobernar: tan grande era su deseo de deshacerse de ella!

No pudo conseguir su intento, porque se le opusieron los Procuradores de las ciudades, y tuvo que contentarse, mal su grado, con recluirle en donde menos le estorbase.

Por fortuna su reclusion no pudo ser muy larga, pues antes de cumplir los veinte y nueve años, murió Felipe en Búrgos, en el corto espacio de seis dias.

Esta pérdida acabó de oscurecer la débil razon de Juana, quien completamente entregada á la memoria de su esposo, de cuyo cádaver jamás quiso separarse, llevándolo consigo á todas partes, rehusó encargarse del gobierno de sus Estados, y se lo cedió á su padre, con tal de no distraerse un solo punto de sus melancólicas ideas, con las cuales parecia complacerse.

¡Tal fué la historia, triste y dolorosa de la hija de los Reyes mas poderosos de su época! Pudo brillar, pudo esparcir el bien en torno suyo, y vivió llorosa y acongojada, dejando en pos de sí tan solo la celebridad de un amor funesto, que le valió el dictado de D.^a Juana la loca, con el cual es conocida!

¡Oh, vosotros, los que teneis á vuestro cargo el dirigir por la senda del bien á las inteligencias infantiles, desconfiad de esa sensibilidad ficticia, que se desarrolla á espensas del entendimiento y que todo lo ennegrece; cultivad en sus almas la dulce sensibilidad, hija de la razon y la virtud, que todo lo ilumina!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA FLOR, LA AURORA Y LA FUENTE.

En un jardín dó el ambiente

Cándidas flores mecía,

Una fuente se veía

Tersa, pura, transparente.

En su márgen una flor

Esbelta se levantaba,

Y la fuente suspiraba

Al ver su hermoso color.

El alba, llena de amores,

Perlas en la flor vertía,

Y la fuente sonreía

Dándole perlas mejores.

Amaba á la flor la Aurora,
Mas la flor la desdeñaba,
Y esquivaba se columpiaba
Al són del agua sonora.

Pinta en su cristal la fuente
Su imagen gallarda y bella,
Como copia el mar la estrella
En su linfa transparente.

Y en los ramajes espesos
Los céfiros resbalaron,
Y allá en su cáliz dejaron
Perlas, lágrimas y besos.

¡Pobre flor! no comprendía
Que era la fuente su espejo,
Y que del alba el reflejo
Mas hermosa la volvía.

Auras besaron su frente;
La dijeron *eres bella*,
Y envanecida descuellaba
Á los bordes de la fuente.

Sin los rayos de la Aurora
Qué fuera de su hermosura?
Quién la daba la frescura
Sino la fuente sonora?

La ingratitud, el desden
Su fragancia envenenaron,
Y las brisas la olvidaron
Al rodar por el Eden.

El Alba nace y la olvida;
La Fuente no la hermosea;
*Ay de aquel que ingrato sea
Con los que le dan la vida.*

Si algo, lectoras, que os cuadre
Hallais en mi pobre historia,
No apartéis de la memoria
La sombra de vuestra madre.

Dentro del alma inocente
Llevad mis palabras fijas;
No olvideis cual buenas hijas
La flor, la aurora y la fuente.

A. F. GRILO.



LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

I.

Las veladas del segundo invierno que pasó Enriqueta en la hospitalaria casa del doctor Montreal, fueron para Matilde un encadenamiento de goces y placeres desconocidos hasta entonces para ella: lamentábase de la terquedad con que se había resistido al estudio, y preguntábase á sí misma con cierta inquietud, sino habría muchas veces abusado de la indulgencia de sus tutores, sino abusaba todavía de la bondad de Enriqueta, obligándolos á todos ellos á una vida triste y aislada del resto de las gentes. Estas preguntas, cuya respuesta no era muy satisfactoria (pues la conciencia no adula), mas de una vez la dieron á conocer su egoismo. Acercábase la Primavera, y Matilde se resolvió á no privar por mas tiempo á Enriqueta de las distracciones que ofrecia Mont-Dor en la estación de las aguas minerales.

No contenta con esto se propuso vencer su repugnancia, y presentarse con ella en público; pero segun se aproximaba el momento de realizar sus propósitos, iba decayendo su resolución.

—Aquí, decia, me quieren, y están acostumbrados á ver mi cara. Pero los extraños.... ¡Oh! sus miradas desdeñosas me recordarán bien pronto que soy sumamente fea. En tanto que aquí todos contribuyen á que se me olvide.

Y Matilde suspiraba al presente: hubiera querido mirarse al espejo para juzgar por sí misma del cambio que los años habian hecho en su persona, si era cierto como decian, que no carecia de gracia; pero merced á la precaucion de Montreal, todos los espejos habian desaparecido. ¿Dónde buscar uno? Los vidrios de las ventanas eran turbios, y si se miraba en ellos, cada uno la representaba una imagen distinta, y nunca bella, porque ensanchaban las facciones, ó las alargaban de un modo extraño: los cristales buenos no habian traspasado los límites que separaban aquel lugar de las poblaciones elegantes.

—¡Oh, yo lo adivino! decia suspirando cada vez que se miraba en los vidrios ó en las aguas del estanque; soy fea, tan fea como el día que me miré en el espejo de Paulina; por eso Enriqueta se priva de tenerle, para que yo no pueda mirarme.... pero en fin, ¡cómo ha de ser! añadía despues de un momento de reflexion, es necesario conformarse y tratar de suplir los defectos del cuerpo con las cualidades del alma: mamá Montreal no es bonita como Enriqueta, y sin embargo á todos nos agrada por su bondad. ¡Ojalá que yo llegue á ser tan agradable como ella!

El resultado de estas reflexiones era un doble cuidado en ser amable y bondadosa, lo mismo con su aya y sus tutores, que con el mas infimo de los criados. Así estas pobres gentes se desvivian por darla gusto, y á su vista todas las fisonomias se animaban con la espresion de la benevolencia.

Enriqueta, cediendo á las instancias de sus amigos, se habia despojado ya del luto. Una mañana se presentó en el comedor vestida de blanco, de igual modo que cuando su

padre vivía: el traje blanco la sentaba tan admirablemente, que Matilde casi la desconoció.

Por algunos momentos estuvo contemplándola en silencio, y por último exclamó con una sencillez graciosa:

—Si el primer día que os ví me hubiérais parecido tan bella como ahora, podréis estar segura de que os hubiera tenido una envidia horrible; creo que os hubiera detestado con todas las veras de mi corazón.

—¿De veras?

—De veras, repitió Matilde, poniéndose colorada. Entonces aborrecía las mujeres bonitas: juzgábalas orgullosas y necias como Paulina, y creíalas dispuestas como Paulina, á humillarme con sus burlas y desprecios. ¡Oh, Dios mío! qué fortuna tan grande fué para mí que no me parecierais hermosa en extremo! Así pude amaros, ¡y amaros fué mi dicha!

Enriqueta la besó con ternura, diciendo:

—¡El Señor os bendiga por vuestra sinceridad!

—Quiero decirlo todo, todo, prosiguió Matilde bajando los ojos al suelo, y después que lo haya dicho, acaso no me juzgareis digna de vuestros halagos.... El cariño que os tuve al principio era un cariño interesado y egoísta; eché mis cuentas, y dije: favoreciendo á esta desgraciada tendré una persona que me deberá algunas consideraciones; siquiera por gratitud me querrá un poco, no me dirá en mi cara que soy fea, ni menos irá contándoles á mi tía y á Paulina lo mucho que me aflijo al pensar en que lo soy. No las conoce, y mal podrá escribirsele; ese miedo era el que me impedía ver á nadie, hasta á los de casa; temía que se lo fueran á escribir, y no quería que se gozaran en mi desgracia. Poco á poco me fuisteis amando, y yo, Enriqueta, cada vez os quería mas, os quería por vos misma, ya no pensaba en mí, ó si pensaba era para detestar mi ruindad, mi egoísmo, y para expiarlo, lo confieso ahora. Aguardad, no lo he dicho todo. Ahora me falta lo bueno.... Gracias á vos he cambiado enteramente, las cuentas me han salido al revés de lo que pensaba; creí doblegaros bajo el peso de mis beneficios, y yo soy la que se ha doblegado; la que os debe una segunda vida que me ha dado á conocer los mas dulces, los mas nobles sentimientos, las virtudes cristianas, y sobre todas la del perdón de las injurias, la de amar al próximo como á mí misma; porque ahora os amo á todos, os amo con todas las fuerzas de mi alma, y creo que merezco ser amada.

—Y lo eres Matilde, lo eres, y lo serás por cuantos se sientan inclinados á la virtud, exclamaron casi á un tiempo Montreal, su esposa y Enriqueta.

—Nunca perdí del todo la esperanza de verte corregida y feliz, dijo Mad. Montreal, abrazándola con ternura.

—Cierto, añadió su esposo. Matilde, con su buen juicio, con su buen corazón, no podía menos de conocer mas tarde ó mas temprano que ciertas injusticias deben excitar nuestra lástima, y no un sentimiento que hace daño al que le abriga.

—¡Gracias á Enriqueta.... exclamó Matilde, sé ya cuán dulce es perdonar.... me parecía imposible.... y ahora lo encuentro fácil, como lo son casi todas las virtudes cristianas cuando tenemos el generoso deseo de practicarlas!

Ese deseo eres tú, hermana y segunda madre mía! la que

le ha despertado en mi alma; sin tu ejemplo, sin tus advertencias, acaso la hubieran conducido mis odios á una condenación eterna....

¡Oh, no, no, desde ahora quiero ser buena y generosa como tú!... Ya me has convencido de que la bondad no excluye la firmeza de carácter, y que perdonar y amar á nuestros semejantes es cosa muy agradable á los ojos de Dios, y muy conveniente para nuestra propia felicidad en el mundo.

XII.

Puesto que ya estoy reconciliada con todos y conmigo misma, dijo Matilde al concluir el almuerzo (que inútil es decir fué mas alegre que ningún día), quiero reconciliarme con los objetos que antes amaba y después he aborrecido. El día está hermoso. Si quisiérais dar un paseo hasta Montbrison.... Montreal y su mujer al oír aquel nombre, se miraron sonriendo. Cuatro años hacía que Matilde no le había pronunciado, diríase que participaba del aborrecimiento que tenía á sus habitantes.

Montreal expidió un mensajero al castillo á fin de anunciar la visita de su joven dueña, con el encargo de que se preparase allí la comida para los cuatro visitantes.

A la hora de salir, Matilde, que se había eclipsado después que hizo la proposición, presentóse muy contenta en la sala; venía peinada de igual modo que su amiga, vestida como ella de blanco; sus ojos brillaban como dos carbuncos, y sus mejillas veíanse coloreadas por un vivo carmin. La doncella se había esmerado en vestirla y peinarla como á Enriqueta; parecían en el traje dos hermanas. Mad. de Montreal y la señorita de Waldbourg se miraron, sonrieronse, y no se dieron por entendidas de aquella elegancia repentina.

El día estaba hermoso, el campo vestido de gala; por todas partes se veían hojas y flores. Enriqueta, privada largo tiempo del placer de admirarle, no se cansaba de contemplar los magníficos puntos de vista que ofrecían los accidentes del camino; éste iba serpeando la montaña, y parecía irse á perder en el fondo de un valle agradablemente entrecortado por los arroyos, las praderas y los grupos de frutales....

—¡Qué paisaje tan bello! repetía.

—Sí, Enriqueta, muy bello! repuso Matilde, y me figuro que le veo por vez primera: ya se vé... hace tanto tiempo que no he venido por aquí... pero si te gusta pasear, hermana mía, volverémos á menudo. Iremos á que veas el Capuchino, Servielle, el valle que domina el Mont-Dor, visitaremos á Rochefort, aldea curiosa por sus grutas. Rogaré á mi tutor que nos lleve á pasar el invierno en Clermont, para que mi querida Enriqueta no se fastidie en la Auvencia, y la ame como á su país natal.

La cara de Matilde, mientras esto decía, expresaba un cariño tan sincero, una benevolencia tan amable, que casi estaba linda. Tan cierto es que los nobles sentimientos del alma prestan al rostro mas feo un no sé qué de agradable que interesa y atrae mucho mas que una belleza orgullosa; Matilde nada tenía de bonita, era una de esas fisonomías llenas de movilidad y expresión, que ganan mucho cuando es-

tán animadas por el contento, que aparecen graciosas si sonrien, simpáticas si espresan la compasion y la ternura, y toscas, duras, horribles, si las anubla el mal humor, ó las agitan las malas pasiones.

Matilde introdujo á su amiga por el parque, ya hemos dicho que era soberbio, apenas entraron en él Montreal y su señora dirigiéronse al castillo por el camino mas corto, y dejaron á las dos amigas que siguieran el mas largo.

—Ay! qué guapa y qué crecida está la señorita! exclamaban los jardineros y mozos al verla pasar, y apartábanse respetuosamente, saludándola con reverencia; Matilde les devolvía el saludo con un agrado, que les hacia exclamar de nuevo:

¡Qué buena, qué amable se conoce que es! Dios la bendiga! Entretanto la dueña de la casa iba cuidando de hacer los honores á Enriqueta, ofreciéndola las mas bellas flores, llamando su atencion hácia los sitios mas frondosos; entrábanse por las tortuosas calles de árboles, cuyas copas entrelazadas formaban una especie de bóveda, que las protegía contra los rayos del sol: multitud de flores crecían á los lados, y mirábanse algunas en las ondas del claro arroyo que bordeaba el camino susurrando; á lo léjos oíase el rumor de una cascada, cuyas aguas recogía un estanque magnífico, lleno de peces dorados, y de cisnes mas blancos que la nieve.

—¡Qué mansion tan deliciosa! repetía Enriqueta entusiasmada.

—¿Me perdonas el haberte privado tanto tiempo del gusto de verla? El verano anterior, si yo no hubiera sido tan hurona, podíamos haber gozado aquí lo mismo que ahora.

—El verano anterior, repitió Enriqueta suspirando, no estaba yo en disposicion de ser menos hurona que tú. No tenía el alma tranquila ni el espíritu libre como ahora. Es probable que hubiera mirado con la mayor indiferencia esto mismo que al presente me admira y embelesa.

—¡Oh, cuán buena eres! Si vieras cuánto me agrada el oír en tus lábios ese tú... Ahora si que nos tratamos como hermanas.

—Y así nos trataremos toda la vida, porque yo te quiero tanto como me quieres, y mi único deseo es que vivamos siempre juntas.

—¡Oh, qué dicha, Dios mio! qué dicha! esclamo Matilde dando brincos; ese deseo es tambien el mio.... Pero hé ahí el castillo de mi padre. ¡Oh, fortuna! Qué á tiempo nos abre sus puertas para recibirnos, hermana mia! No te parece muy hermoso el castillo de Montbrison? Es decir, nuestro castillo.

—¡Hermosísimo! respondió Enriqueta, mirando con atencion la fachada del edificio, delante del cual estendiase una verja de hierro que cerraba el magnífico parterre; subíase á las habitaciones por una escalinata muy bella; en uno de sus tramos las aguardaban los señores de Montreal, que las acogieron con paternal cariño, y todos juntos dirigiéronse al vestíbulo donde se hallaban la servidumbre reunida, teniendo á su cabeza el anciano conserje; tomó éste la palabra en nombre de todos para felicitar á su jóven señora.

—Esperamos, dijo, que nuestra querida señorita reconocerá el orden y buen estado en que se hallan esta casa y sus pertenencias, y que á menudo se ha de servir alegrarnos con su presencia.

—¡Así os lo prometo! contestó Matilde con aire franco y afable, al par que digno.

Después habló á cada uno de por sí, preguntándoles por su salud y la de sus allegados, informándose de los ausentes, haciendo sin violencia iguales preguntas á los que habían contribuido á malquistarla con su tia, y cuyas burlas había tenido que sufrir.

En fin, estuvo tan natural y tan amable, que al salir iban diciendo aquellas gentes:—¡Qué cariñosa es nuestra señorita! ¿No habeis notado lo que se parece á su padre? ¡Tiene su misma gracia, su aire de bondad y señorío!... No he visto cara mas espresiva ni cuerpo mas airoso, dijo el conserje. ¿No se os figura que se da un aire á la otra? Las dos tienen un aspecto tan bondadoso!

Matilde al oírlos no cabía en sí de gozo. Si me parezco á mi padre, exclamó, es imposible que mi cara sea tan horrorosa como decían; venid, venid los tres conmigo, quiero saber la verdad.... Y atravesando rápidamente la antesala detúvose junto á una puerta; su vacilacion no fué larga, asió la mano de su amiga y avanzó hasta el centro del salon.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

TEATROS.

Ello ha de ser. Nuestro semanario que trata periódicamente de la materia expresada en el título de este artículo no puede pasar mas de dos semanas sin decir algo á sus amables lectoras, aunque sólo sean cuatro palabras, sobre el particular. Cerrados están todos los coliseos; nada importa. El pobre cronista, deseoso de cumplir su cometido, rebuscará en los rincones de su memoria, recogerá todas las observaciones, y de todo ello fabricará una reseña que saldrá de su cabeza como Minerva de la de Júpiter. Pase la comparacion.

El año cómico terminó hace tiempo; los teatros se cer-

raron con no pequeños percances económicos: todo murió menos la esperanza de reparar los contratiempos en los años venideros; esperanza que no sabemos si se realizará.

El PRÍNCIPE fué el último que cerró sus puertas después de una época de más de doscientas funciones, si la memoria no nos es infiel; longevidad que no aguardábamos. ¡Bienaventurados los que lloran! ha finalizado las representaciones honrosamente, viviendo mucho y en buena salud. Á juzgar por los resultados, el señor Larra, autor de este afortunado drama, debe haberse reído mucho con las lágrimas de la obra y de los actores, pues no habrá escu-

chado con indiferencia el sonido metálico de las *reccettes* de la contaduría.

Pero este fin agradable de la temporada de invierno no enlazó armónicamente con el comienzo de la veraniega.

Si el PRINCIPE ha concluido en paz una larga vida, Rossini ha empezado tempestuosamente la suya que además ha sido muy breve. Pomposos anuncios hicieron concebir á los aficionados halagüeñas ilusiones musicales: nombres de grandes artistas, títulos de óperas, muy acreditadas, ofertas de esmerada dirección y de lujo en las representaciones; todo eso se auguraba para los CAMPOS ELISEOS. ¿Y qué resultó? que se ha dado escaso número de funciones con una regular fortuna y nada más: que se ha presentado un mediano cuadro de compañía en que sin embargo figuraban artistas de mérito como la Barbot y Vialletty; que se han cantado dos óperas muy bellas, *Roberto il diavolo* y *Saffo*, de un modo apreciable; y por último que se han ejecutado algunos conciertos de no muy lisonjero éxito artístico. Todas estas circunstancias, buenas y malas, podían aceptarse en resúmen, pero ya no es tiempo: la empresa enfermó repentinamente y al poco tiempo murió. No sabemos qué enfermedad la habrá llevado á la sepultura, pero, si se ha de creer lo que se dice, no ha provenido de sobra de dinero en las arcas.

Después de esta suspensión inesperada de las funciones de los CAMPOS ELISEOS, se ha tratado de recomponer (si es cierto lo que se cuenta) una nueva empresa para dar grandes conciertos bajo la inteligente dirección del acreditado maestro español señor Barbieri, pero no ha conseguido el oportuno superior permiso por no estar terminados los asuntos que ha dejado pendientes con artistas y dependientes la empresa predecesora.

También se ha supuesto que una compañía de zarzuela proyectaba dar funciones en el coliseo de Rossini, mas de semejante particular no ha vuelto nadie á decir palabra, al menos que nosotros sepamos.

Sea cual fuere la forma en que aquel sitio de recreo y aquel teatro se abran, lo que conviene es que pronto tenga el público expeditas sus puertas para esparcir el ánimo en su recinto.

Hay una novedad artística de verdadera importancia. Recordarán nuestras lectoras que por el año de gracia 1864 se habló mucho, se cuestionó más con motivo del proyectado *Teatro nacional* que había de levantarse en el local de la calle de Alcalá, conocido con el nombre de *las Valleeas*. Recordarán así mismo que todos aquellos planes,

ilusiones engañosas,
livianas como el placer,

se disiparon sin dejar huella, ni esperanza de realización. Una casa, nada pequeña, construida después en dicho solar, mermó considerablemente el terreno que se destinaba al nuevo coliseo, y patentizó más y más el desencanto de tantas ilusiones.

Pues bien, hé aquí que cuando menos lo pensábamos, los periódicos renuevan la idea de edificarse un teatro en el mellado local; se dice que el terreno se ha comprado al indicado fin en pública subasta; se anuncia que un acredi-

tado arquitecto, muy perito en el ramo, está trazando los planos del nuevo coliseo; y por último se habla de movimiento de tierras y de la proximidad del comienzo formal de las obras.

Hablando con entera sinceridad, este acontecimiento nos ha sorprendido como la cosa más inesperada. Todo será verdad de seguro (no debemos suponer nada en contrario), pero nos parece inverosímil. En fin el tiempo dirá. Si vemos elevarse frente al Suizo el suspirado y combatido coliseo; si éste es digno de Madrid y del arte por sus condiciones escénicas y arquitectónicas, confesaremos lo necio de nuestra incredulidad, y nos alegraremos de todo corazón. ¡Ojalá para la próxima temporada pudiera estar edificado como por ensalmo!

Otros años por este tiempo suelen saberse ya las formaciones en proyecto ó convenidas para la época teatral inmediata. En el presente, ni en la parte de zarzuela ni en la de verso se dice nada que podamos consignar en nuestra crónica. No sabemos sin embargo si esta falta de noticias será pura ignorancia nuestra, ó si provendrá realmente de falta de datos sobre que recaer.

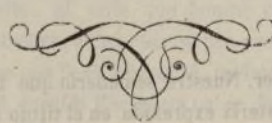
En este mes deben verificarse en el Conservatorio los concursos anuales de Declamación. Mucho nos complacerá que den buenos resultados y que ofrezcan al público la esperanza de algun actor ó alguna actriz de verdadero mérito. Allá veremos.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Con el grabado que repartimos con este número, satisfacemos los deseos de muchas de nuestras suscriptoras, que continuamente nos están pidiendo modelos de Abecedarios. Como el lindísimo que repartimos hoy está bordado á plumetis no necesita ninguna explicación.

JOAQUINA G. BALMASEDA.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID. — 1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo. — OLMO, 14